

HISTORIA Y ECONOMÍA

BOLETÍN DEL THE - TALLER DE HISTORIA ECONÓMICA

Pontificia Universidad Católica del Ecuador – Facultad de Economía Quito, abril de 2015

http://puce.the.pazymino.com/JPYMC-SOCIALISMO_SIGLO_XXI_ECUADOR.pdf

EL “SOCIALISMO DEL SIGLO XXI” EN ECUADOR*

Juan J. Paz y Miño Cepeda

Desde una perspectiva histórica, solo con el paso de los años ha podido consolidarse la idea de que con el ascenso de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela el 2 de febrero de 1999, se inició un nuevo ciclo histórico-político en América Latina. Ese ciclo se ha caracterizado por la sucesión de una serie de gobiernos progresistas: en Argentina, Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández (2007-hoy); en Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2010) y Dilma Rousseff (2011-hoy); en República Dominicana, Leonel Fernández (2004-2012); en Uruguay, Tabaré Vázquez (2005-2010, y reelección en 2015) y José Mujica (2010-2015); en Bolivia, Evo Morales (2006-hoy); en Nicaragua, Daniel Ortega (2007-hoy); en ECUADOR, Rafael Correa (2007-hoy); Salvador Sánchez recientemente en El Salvador (2014-hoy); y como sucesor de Chávez, el presidente Nicolás Maduro (2013-hoy) en la misma Venezuela; aunque también hay investigadores que añaden a Michelle Bachelet (2006-2010) en Chile, quien aunque no alteró el modelo neoliberal, afirmó una orientación muy democrática a su gobierno.

Los gobernantes progresistas cuestionaron el camino neoliberal de América Latina seguido durante las décadas finales del siglo XX, adoptaron modelos sociales de economía, consolidaron la participación electoral de los pueblos, orientaron al Estado con sentido popular y edificaron principios de soberanía, nacionalismo y latinoamericanismo. En Sudamérica, los gobiernos de Venezuela, Bolivia y ECUADOR, son los más radicales y se han identificado con la nueva izquierda, el bolivarianismo y el “socialismo del siglo XXI”.

Pero más allá de las palabras, lo que ha de entenderse por “socialismo del siglo XXI” sigue aún en debate.

En Ecuador, ha sido el propio Presidente Rafael Correa quien ha realizado una serie de precisiones que permiten entender lo que su gobierno considera como “socialismo”.

En efecto, en su enlace ciudadano 363 (EC-01/03/14) el Presidente Rafael Correa analizó el PIB-enfoque ingresos (reparto del ingreso nacional), asegurando que este era un punto

“clave” para la Revolución Ciudadana, que permite “saber si está mejorando la justicia social”; pues “esto nos define como de izquierda o no”; y además: “esto es uno de los fundamentos del socialismo del siglo XXI”.

El Presidente dijo que el tema inspiró a Marx, “y la respuesta marxista fue eliminar la propiedad privada para que no haya gran remuneración al capital”, añadiendo: “a nadie se le puede ocurrir eso en el siglo XXI”; y luego: “pero sabemos que en el siglo XXI eso no cabe; el remedio es más caro que la enfermedad”; para concluir: “el problema, de todos modos, existe: cuánto capta la clase trabajadora y cuánto captan los dueños de los medios de producción, los dueños del capital”.

La forma en que el presidente Correa ha enfocado el tema, coincide, en mucho, con lo que ha planteado Thomas Piketty, reconocido mundialmente por su libro “El capital en el siglo XXI” (2014), quien realiza el estudio sobre la dinámica histórica de los ingresos y la distribución de la riqueza, demostrando el abismo que genera la concentración de la riqueza en una elite mundial. El autor sostiene que el tema mereció debates entre economistas como Malthus, Young, Ricardo y Marx. Predominó, dice, la falta de fuentes y considera que Kusnetz fue pionero en abordar el tema con fuentes y estadísticas seguras. Piketty examina un impresionante material que cubre por lo menos dos siglos; pero su investigación se concentra, particularmente, en Francia, EEUU, Reino Unido, Alemania, Suecia, Canadá, Japón, Italia, España, Dinamarca, Australia.

De acuerdo con el Presidente Correa, en Ecuador todavía el 4% (patronos) se lleva el 33% del ingreso nacional; mientras el 54% (trabajadores) obtiene otro 33%; en tanto un 42% (trabajadores no-remunerados) se lleva el 29%.

El Presidente argumentó: “Hay que dar respuestas inteligentes para ese problema” y añadió: “en el siglo XXI existen esas respuestas, y la estamos dando como revolución”, señalando las vías: “mejores políticas laborales, mejores políticas de salarios, incremento de salarios, democratización de la propiedad del capital, pero también con un buen sistema de impuestos redistributivos”, de manera de “sacarles un poco a estas gentes que ganan tanto y mandarlo un poco acá, sobre todo a los más pobres”. Piketty no estudió América Latina. Sin embargo, considera que uno de los mecanismos que contribuyen a la equidad social son los fuertes impuestos progresivos sobre la renta.

También ha sido la CEPAL, la institución que ha demostrado que América Latina es la región más inequitativa del mundo. Además, ha difundido sus conclusiones sobre la desigualdad de ingresos en la región en tres libros: *La hora de la igualdad: brechas por cerrar, caminos por abrir* (2010); *Cambio estructural para la igualdad: una visión integrada del desarrollo* (2012) y, *Pactos para la igualdad: hacia un futuro sostenible* (2014). Desde la perspectiva cepalina la redistribución de la riqueza pasa, ante todo, por el impuesto sobre las rentas. Piketty encuentra que la concentración de la riqueza

en el capitalismo y, por tanto, la desigualdad, se ha debido a que, en última instancia, la tasa de rendimiento del capital (r) es mayor que la tasa de crecimiento económico (g) (es decir $r > g$); pero en América Latina el examen de la desigualdad tendría que concluir que ella también tiene su componente histórico en la colonización, la dominación oligárquica y el saqueo imperialista, entre otros procesos que se han impuesto sobre los mecanismos meramente económicos.

En un nuevo enlace ciudadano (EC-364-08/03/2014), el Presidente Correa destacó como “una buena noticia”, la visita de Muhtar Kent, presidente de Coca Cola, y su futura inversión de 1000 millones de dólares en Ecuador, añadiendo: “bienvenida esa inversión extranjera... La mala gente, la mala fe, dicen que el gobierno está contra la inversión extranjera... Y en buena hora que se invierta del extranjero... Bienvenidos los inversionistas que no buscan evadir impuestos, explotar la mano de obra, irrespetar la naturaleza”.

En el mismo enlace, el Presidente Correa resaltó a los emprendedores tungurahueses y concluyó: “Así es que un saludo cariñoso a Tungurahua y todo el apoyo del gobierno nacional, que es el gobierno de los empresarios. Algunas veces se cree que la derecha es la de los empresarios. No señores. El socialismo moderno, el socialismo del siglo XXI sabe que necesitamos empresarios, de esa gente que crea, de esa gente que toma riesgos, de esa gente que genera valor, que genera empleo. El objetivo del socialismo del siglo XXI, el objetivo de la Revolución Ciudadana, es tener en nuestro país quince millones de empresarios. Así es que vivan los empresarios, sobre todo los pequeños empresarios de la patria, nuestros artesanos de aquí, de Tisaleo”

Y en un nuevo enlace (EC-365-15/03/2014), el Presidente anunció que Carlos Marx Carrasco es el nuevo Ministro de Relaciones Laborales y añadió: “Nosotros somos socialistas, estamos con la clase trabajadora, estamos con el trabajo humano, estamos con la supremacía del ser humano sobre el capital.”

En “Pulso político” (6/4/2014), que dirige Carlos Rabascall, el Presidente aclaró que el socialismo del siglo XXI usa el mercado al servicio de la sociedad; que requiere de “empresarios”, entendidos estos como gente emprendedora e innovadora; que no hay respuesta fija para balancear la acción colectiva o la acción individual, pues depende de cada sociedad; que la Constitución obliga a la propiedad estatal en ciertas áreas; que es importante la acción del Estado y que “se trata de transformar las relaciones de poder en función de las grandes mayorías”.

Finalmente, en su artículo “La supremacía del trabajo humano” publicado por El Telégrafo (ET, 16/11/14), el Presidente Rafael Correa ha expuesto su tesis central: “La supremacía del trabajo humano sobre el capital es el signo fundamental del Socialismo del Siglo XXI y de nuestra Revolución Ciudadana. Es lo que nos define, más aún cuando enfrentamos un

mundo completamente dominado por el capital. No puede existir verdadera justicia social sin esta supremacía del trabajo humano, expresada en salarios dignos, estabilidad laboral, adecuado ambiente de trabajo, seguridad social, justa repartición del producto social”. El Presidente reitera: “También se cumplen los derechos para la clase trabajadora y sus familias, con educación, salud, seguridad, servicios públicos completamente gratuitos”; e insiste: “A diferencia del socialismo tradicional, que proponía abolir la propiedad privada, utilizamos instrumentos modernos, y algunos inéditos, para mitigar las tensiones entre capital y trabajo”.

El problema es, por tanto, y en palabras del Presidente: “cuánto capta la clase trabajadora y cuánto captan los dueños de los medios de producción, los dueños del capital” (EC363). Y queda muy claro que el “socialismo moderno” es diferente al socialismo marxista en cuanto a la forma de solucionar esa tensión. Para el marxismo, abolir la propiedad privada de los medios de producción; para el Presidente Correa, la supremacía del trabajo humano sobre el capital. Por eso afirma: “El sindicalismo moderno debe buscar la supremacía del trabajo humano sobre el capital, sin negar la existencia y necesidad de este último, y en este contexto buscar solucionar las tensiones capital-trabajo” (ET).

Los conceptos expuestos por el Presidente Correa no han merecido la atención debida, pues han prevalecido las reacciones políticas sobre la coyuntura, que captan el interés social inmediato. Sin embargo, introdujeron elementos teóricos que no solo desafían al pensamiento tradicional de la izquierda y sobre todo de la marxista, sino que abren la necesidad de un debate académico sobre el tema, porque implican una nueva concepción de lo que ha de entenderse por socialismo.

Cabe recordar, al respecto, que Karl Marx (1818-1883) estudió el capitalismo de libre-competencia, levantado sobre la miseria del proletariado europeo, y que V. I. Lenin (1870-1924) avanzó en la comprensión del “imperialismo” como fase del capitalismo monopolista. Al fundarse la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) después de la Revolución Rusa (1917), estaba muy claro que el socialismo se define por dos rasgos esenciales: la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción y la extinción del sistema capitalista de clases sociales. La construcción de la URSS se hizo sobre esa base, considerando que el Estado, precisamente al estatizarlo todo, cumplía con la socialización de los medios de producción y, de este modo, arreglaba la contradicción histórica descubierta por Marx en el régimen capitalista, donde la socialización de las fuerzas productivas se contradice con la “privatización” de las relaciones de producción. Sobre esos mismos pilares, es decir, sobre el estatismo completo y la abolición de las clases sociales del capitalismo, creció y avanzó el socialismo en el mundo, tanto en la Europa del Este, como en China y otros países del Oriente.

También cabe afirmar que para Marx el problema del capitalismo no radica en la “redistribución” de la riqueza, porque la propiedad privada capitalista es la génesis de la

explotación a los trabajadores a través de la ley de la *plusvalía*, que es la que preside a este modo de producción. Para Marx el modo de producción capitalista se distingue por dos elementos centrales: la propiedad privada de los medios de producción y el trabajo asalariado para quienes venden su fuerza de trabajo. De modo que el capitalismo solo puede desaparecer al abolirse su sistema de propiedad privada.

Pero con el avance del siglo XX el capitalismo también cambió: para afrontar la crisis de los años 30, el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt (1933-1945), impulsó el “New Deal” y después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) en Alemania se inició el modelo de “economía social de mercado” que enseguida se generalizó por Europa occidental y en Canadá, regiones en las que incluso se generaron “Estados de Bienestar” basados en una combinación de empresa privada y mercado, con intervencionismo económico estatal, educación pública, seguridad social universal y redistribución de la riqueza, sobre todo a través de fuertes impuestos sobre la renta.

Para caracterizar la situación, al menos en Europa y Canadá (mucho menos en los EEUU), surgió un tipo de “capitalismo social” que nunca pudo ser examinado por Marx ni por Lenin. Ese capitalismo social logró avances significativos en las condiciones de vida y de trabajo de las poblaciones de los países que lo implantaron, al menos mientras pudo conservarse el “Estado de bienestar”, pues en los EEUU las políticas del New Deal, que incluso dieron fundamento al desarrollo de las teorías de J. M. Keynes (1883-1946), finalmente fueron abandonadas conforme avanzó la segunda mitad del siglo XX; y en Europa también las economías sociales de mercado comenzaron a sufrir el impacto de la avanzada neoliberal en las décadas finales del siglo XX, tras el derrumbe del socialismo de tipo soviético.

En la actualidad la forma más avanzada de capitalismo social es el “modelo nórdico” (Dinamarca, Noruega, Suecia) del “sistema escandinavo de bienestar”, que bien puede considerarse un verdadero “socialismo del siglo XXI”, donde el Estado interviene para la redistribución de la riqueza con altos impuestos; garantiza educación y medicina públicas, gratuitas y de calidad; vivienda; altas pensiones de vejez y asistencia social. Son los países donde mejor se vive en el mundo. Noruega ocupa el primer lugar en el índice de desarrollo humano de las NNUU. Y en Dinamarca se hacen huelgas y paros cada vez que se pretende bajar impuestos, porque sus ciudadanos saben que con ello peligra su excelente bienestar social.

Además de lo dicho, es necesario tomar en cuenta que nadie esperó que el socialismo de tipo soviético se derrumbara a consecuencia de la perestroika iniciada por Mijail Gorbachov desde 1985. Y con el colapso del sistema socialista, no solo que el capitalismo de corte neoliberal se enseñoreó por el mundo, sino que entró en crisis la propia teoría marxista e incluso cualquier referencia al socialismo, pues en el horizonte histórico de la época parecía impensable querer “retornar” a un sistema que se había derrumbado. En

América Latina el impacto de semejante derrumbe provocó en Cuba una época de ajustes y reformas otrora impensables.

Sin embargo, como la historia igualmente tiene unos caminos impensables, tampoco nadie pudo prever que América Latina entrara en una nueva época precisamente con los gobiernos de la nueva izquierda, a partir del ascenso presidencial de Hugo Chávez en Venezuela. Y que en esta nueva era se retomara la idea de *socialismo*, se revalorizara el marxismo y América Latina se convirtiera en la avanzada mundial de los cuestionamientos al neoliberalismo, a las instituciones económicas (y hasta diplomático-políticas) nacidas en la segunda postguerra mundial, a los poderes imperialistas y a los propios poderes internos de la región.

En América Latina, los gobiernos de nueva izquierda que han retomado el ideal del socialismo no han “destruido” a la empresa privada ni al mercado, sino que conviven con ellos, aunque es el Estado el que ha pasado a convertirse en el orientador, planificador y regulador de la economía, además de ser el eje de la inversión social, de los servicios públicos y gratuitos, de la seguridad social y de una serie de mecanismos para fortalecer los sectores de economía popular, social y solidaria. En todos los países con gobiernos de nueva izquierda mejoraron definitivamente las condiciones de vida y de trabajo de la población, conforme puede comprobarse por los estudios realizados tanto por la CEPAL como por las NNUU.

Además, en Venezuela se fortaleció la organización social y la movilización de masas, se generalizaron las Misiones y se transformó a las Fuerzas Armadas, de modo que sobre esos pilares se sostiene el Estado. En Bolivia se fortaleció la organización popular y se dio un rotundo empuje al Estado plurinacional. En Ecuador ha sido la movilización ciudadana, a través de por lo menos nueve procesos electorales, la que ha sostenido a la “Revolución Ciudadana”, instaurada desde 2007. Son distintas las formas de participación social y de inclusión de masas para la democracia activa en los tres países.

Al mismo tiempo, como obran en el marco del capitalismo, los gobiernos de la nueva izquierda son víctimas de una serie de contradicciones, errores y límites internos. Porque no hay duda que siguen existiendo condiciones mundiales de capitalismo a las que incluso los gobiernos de nueva izquierda no pueden escapar, como son, por ejemplo, las regulaciones de la OMC (Organización Mundial de Comercio) o los tratados de comercio como el que Ecuador suscribió con la Unión Europea. De allí que sectores de las izquierdas opositoras o críticas creen que no se camina en la dirección “correcta”, asumen que solo se ha trazado una vía “post-neoliberal” y que el “socialismo” sigue postergado, de manera que todo continúa “igual” o “peor” que antes. Es un reduccionismo argumental que desconoce la oportunidad histórica y la correlación de fuerzas sociales que actúa en torno a los gobiernos de la nueva izquierda.

No puede negarse que la propuesta del “socialismo del siglo XXI” (término acuñado inicialmente por el investigador Heinz Dieterich), alteró el horizonte latinoamericano, y en Ecuador incluso creó un espacio favorable para la convergencia de las “viejas” y las “nuevas” izquierdas, que apuntalaron el triunfo presidencial de Rafael Correa en 2006 y se alinearon con el proceso constituyente que condujo a la Constitución de 2008.

Y si se observa con el suficiente cuidado y objetividad, son las definiciones del propio Presidente Rafael Correa las que conducen a entender que el “socialismo del siglo XXI” (al menos para Ecuador) es un sistema que combina *capitalismo social* (nivel económico) y *Estado popular o ciudadano* (nivel político); y que, por tanto, este “socialismo” es relativamente distinto al marxista (aunque tampoco es antimarxista, puesto que reconoce y valida a la teoría de Marx como fundamento histórico), pero también diferente a otros modelos de capitalismo social, como el europeo, el nórdico o el canadiense.

El nuevo socialismo articula, en definitiva, empresa privada con inversión pública e intervencionismo económico y regulador del Estado, amplias políticas sociales y firmes medidas para redistribuir la riqueza; pero, además, se basa en la captación del Estado, para desplazar los intereses de las burguesías/oligarquías e imponer la hegemonía del poder de los ciudadanos y sectores populares, que con organización y movilización de base, sustentan la edificación de una nueva sociedad. Es un sistema de *capitalismo social* más *Estado-ciudadano o popular* (ambos como dos polos del mismo imán), a la vez que una oportunidad histórica en América Latina, que no la han sabido comprender las izquierdas ortodoxas, aunque este “socialismo” resulta absolutamente repudiable para las burguesías y para los intereses imperialistas.

Sin embargo, este tipo de *socialismo*, al constituirse, al mismo tiempo, en una *fase de transición* para una nueva sociedad basada en la definitiva abolición del capitalismo, puede verse enfrentado a tres riesgos centrales: 1. Como el proceso general está sujeto al sistema electoral, bien podría ocurrir que llegue, por elecciones, un gobierno que revierta lo conquistado (una forma de “restauración conservadora” a la que han hecho referencia, en distintas oportunidades, los presidentes Rafael Correa, Nicolás Maduro, Evo Morales, e incluso la presidenta Cristina Fernández); 2. Que de algún modo subsistan las bases del capitalismo social, pero el Estado deje de estar orientado por el poder ciudadano, de modo que el control de los aparatos estatales pase a manos de sectores identificados con las derechas políticas o económicas, que finalmente impondrán sus intereses; 3. Que, para revertir todo lo conquistado, se produzca la toma del poder sobre la base del golpe de Estado, incluyendo la estrategia de “golpe blando” o “suave” (formulada por el ideólogo anticomunista norteamericano Gene Sharp a través de la ONG Albert Einstein) igualmente denunciado por los presidentes mencionados y de modo particular en Venezuela, donde esa estrategia trata de ser llevada en nuestros días hasta sus últimas consecuencias.

En todo caso, el “socialismo del siglo XXI” entendido de la manera propuesta, abre la oportunidad para una amplia discusión sobre el tema. Porque entre las izquierdas tradicionales y, sobre todo, entre los marxistas más ortodoxos, hay persistentes negativas a comprender que el “capitalismo social” existe y que, además, sí es posible un Estado que instaure la hegemonía del poder popular o ciudadano, apartando el dominio que sobre él han tenido las elites tradicionales y los intereses de las derechas políticas y económicas.

JPyMC

Quito, abril 2015.

* Esta ponencia está basada en un conjunto de artículos publicados inicialmente en diario “El Telégrafo” (Ecuador), revisados y ampliados.
